

LOS BANQUETES REPUBLICANOS EN LA ESPAÑA DE LA RESTAURACIÓN: COMENSALIDAD Y RITUAL POLÍTICO

REPUBLICAN BANQUETS IN RESTORATION SPAIN: COMMENSALITY AND POLITICAL RITUAL

Sergio Sánchez Collantes*
Universidad de Burgos

RESUMEN: Desde que se restableció la monarquía en 1874, la práctica social más idiosincrática del republicanismo español fueron los banquetes políticos, destacando los que recordaban y veneraban la proclamación de la Primera República cada 11 de febrero. Se trató de una forma de comensalidad que igualaba a quienes fraternizaban compartiendo mantel y para la que se plantearon alternativas más populares y democráticas. Este artículo analiza las principales características y funciones de ese ritual político, incluyendo las justificaciones del acto, los lugares de celebración, la escenografía, el perfil de la concurrencia, la estructura adoptada y su banalización al llegar el siglo XX. Para ello se han manejado fuentes hemerográficas, libros de memorias y otras fuentes primarias de archivo.

PALABRAS CLAVE: republicanismo, banquetes, ritual político, sociabilidad, símbolos políticos, mujeres y socialización política.

ABSTRACT: *Since the monarchy was reestablished in 1874, the most idiosyncratic social practice of Spanish republicanism were political banquets, highlighting those that remembered and venerated the proclamation of the First Republic every February 11. It was a form of commensality that equaled those who fraternized by sharing a tablecloth and for which more popular alternatives were proposed. This paper analyzes the main characteristics and functions of this political ritual, including the justifications for the act, the venues, the scenery, the profile of the attendees, the structure and and its trivialization when the 20th century arrived. For this, historical newspapers, memoirs and some other primary sources have been used.*

KEYWORDS: *republicanism, banquets, political ritual, sociability, political symbols, women and political socialization.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Sergio Sánchez Collantes. Facultad de Humanidades y Comunicación, Paseo de los Comendadores s/n, 09001, Burgos — sscollantes@ubu.es — <https://orcid.org/0000-0003-3988-9639>

Cómo citar / How to cite: Sánchez Collantes, Sergio (2025). «Los banquetes republicanos en la España de la Restauración: comensalidad y ritual político», *Historia Contemporánea*, 77, 89-127. (<https://doi.org/10.1387/hc.26119>).

Recibido: 6 marzo, 2024; aceptado: 13 mayo, 2024.

ISSN 1130-2402 — eISSN 2340-0277 / © UPV/EHU Press



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

1. Objetivos, fuentes y consideraciones previas

El propósito de este artículo es analizar la comensalidad política en el republicanismo de la Restauración. Se practicó muy especialmente cada 11 de febrero, en los banquetes que, siguiendo un ritual parecido, rendían culto al día en que se había proclamado la República de 1873. Este régimen avivó entre sus detractores un mito negativo¹ que, a su vez, reforzó las visiones idealizadas en sus partidarios, singularmente tras restablecerse la monarquía.

De aquellos banquetes republicanos se examinarán aquí diversos aspectos: las fechas y los motivos alegados para las celebraciones; dónde se organizaban y qué escenografía presentaban; quiénes asistían y a qué precio; qué estructura adoptaron y qué momentos destacaban; cómo les afectó el paso del tiempo; y a modo de balance, qué significación y funciones cabe atribuirles. No se prestará mucha atención a lo puramente gastronómico, secundando a Bajtin en su idea de que el comer colectivo no es tanto un acto biológico como un acontecimiento social².

Aparte de la bibliografía secundaria de rigor, se han utilizado fuentes hemerográficas diversas, complementadas con publicaciones de época, libros de memorias y otros documentos procedentes de varios archivos. La investigación se inscribe en una línea de trabajo pujante en la historiografía española, que ha revisitado la política desde los marcos y presupuestos de la historia social y cultural. En este sentido, la asunción del concepto de cultura política, superando la mirada estasiológica tradicional, ha redoblado el interés por fenómenos antes marginados. Entre los que empezaron a valorarse más se hallan la memoria colectiva, las representaciones, los símbolos, los rituales e incluso «lo emocional»³. Y los banquetes relacionan de algún modo todas esas vertientes, dentro del conjunto más amplio de las fiestas y conmemoraciones⁴. Sin constituir un rasgo privativo del republicanismo, eran otra forma de movilización política y social que integró «su patrimonio relacional secular»⁵.

Los banquetes políticos *lato sensu* no han suscitado demasiado interés en España. Y sobre los republicanos, apenas se cuenta con las reflexiones

¹ Jover, 1991.

² Bajtin, 1987, p. 253.

³ Cabrera, 2010, p. 38.

⁴ Ridolfi, 2009.

⁵ Duarte, 1997, p. 187; 2015, p. 235.

de Pere Gabriel⁶ y las referencias dispersas en estudios locales, que raras veces les consagran un apartado específico⁷. En Francia, por el contrario, la comensalidad política republicana ha recibido más atención dentro del conjunto de los rituales políticos⁸.

Actualmente, como señala Agulhon⁹, el uso de los banquetes políticos se ha banalizado, pero en otros momentos históricos desempeñaron funciones primordiales. Los banquetes de fraternización, pese a sus mudanzas, fueron «práctica habitual» desde los inicios de la Revolución francesa¹⁰. Y, en febrero de 1848, la prohibición de uno multitudinario en París fue el detonante del estallido revolucionario que condujo a la II República¹¹. La utilidad de los banquetes como medio de acción política explica su celebración en diversos países, pues sustituían actos que la ley no permitía. Su práctica en España se documenta en la fiesta revolucionaria del primer liberalismo, con rasgos que prefiguran el ceremonial posterior¹². Y los republicanos participaron especialmente desde los años cuarenta¹³, deviniendo un medio clave para sellar acuerdos entre progresistas y demócratas¹⁴. Pero será en la Restauración cuando se consagren como práctica social ritualizada e «instrumentos conscientes de movilización y aleccionamiento de los sectores populares»¹⁵.

2. Justificación y circunstancias de la comensalidad republicana

A partir de 1875, el ágape más característico fue el que festejaba el aniversario de la proclamación de la República cada 11 de febrero. Según Labra, allá por 1876 «muy contados republicanos españoles comenzaron a celebrar modestos banquetes», y después «se generalizó la manifestación, que llegó a tener extraordinaria importancia en el último decenio del

⁶ Gabriel, 2003 y 2008.

⁷ Jaén, 2016, pp. 48-53 y 56-58; Anchorena, 2022, pp. 138-141.

⁸ Ihl, 1996, 1998 y 2017. Robert, 2010.

⁹ Agulhon, 2007, p. 19.

¹⁰ Vovelle, 1989, p. 198. Ozouf, 2020.

¹¹ Ihl, 1998, pp. 389-390.

¹² Lecuyer, 2000. Fuentes, 2014. Orobon, 2016. Roca, 2016.

¹³ Roca, 2018, p. 23.

¹⁴ Peyrou, 2008, pp. 481-482.

¹⁵ Gabriel, 2003, p. 40.

siglo»¹⁶. La esencia de esa jornada cívica la resumió en términos significativos *Las Dominicales*: «ha pasado a la categoría de fiesta democrática nacional, en la cual los republicanos se buscan, se saludan [...], fortifican el amor a sus ideales y rinden culto a los hombres que tuvieron la fortuna de traerlos»¹⁷. En otra ocasión, afirmaba del 11 de febrero: «Es nuestro 14 de Julio. Ese día tomamos la Bastilla»¹⁸. Se trataba de una cita, en suma, para felicitar, y en la que se volcaban las organizaciones republicanas para «que se reali[zas]en con el mayor esplendor posible»¹⁹.

Sin embargo, el repertorio conmemorativo fue más amplio, se recurrió a banquetes o a veladas de otro tipo²⁰. Por lo pronto, se recordaron también efemérides como la revolución Gloriosa (29 de septiembre) o la toma de la Bastilla (14 de julio), por no hablar de muchas que revistieron un carácter más local, evocando un levantamiento republicano, una resistencia heroica o mártires caídos en lo que se consideraban batallas por la libertad. Pero, incluso en las fechas más compartidas, se aprecia un seguimiento irregular: por ejemplo, la conmemoración de la Gloriosa no alcanzó mucho predicamento entre los republicanos de Tarrasa, mientras que en Castellón figuró entre las más significativas²¹. Y hubo otras que fueron surgiendo, como el aniversario de la Unión Republicana, ya en el novecientos. Muchas alianzas o coaliciones, de hecho, quedaron selladas en torno a un mantel, como la Fusión Republicana de Asturias²² o la Unión Democrática de Oviedo: «verificóse un banquete y entre el entusiasmo y el ardor de los brindis surgió el pensamiento grande de la concentración»²³.

Mientras que el 11 de febrero unía a todos los republicanos, otras citas fueron privativas de un grupo. Así, dentro del republicanismo progresista honraron a Ruiz Zorrilla celebrando «el día del santo de su jefe», normalmente con un banquete el 1 de enero, San Manuel²⁴. Y entre los federales,

¹⁶ Labra, 1910, p. 15.

¹⁷ *Las Dominicales del Libre Pensamiento* (en adelante, *DLP*), 17-II-1884.

¹⁸ *DLP*, 12-II-1904.

¹⁹ Archivo Histórico de Asturias (en adelante, *AHA*), FGC, Actas de la Juventud Republicana-Federal de Gijón, 6-II-1911, Rollo 1410, J21/2, p. 39.

²⁰ Morales, 1999, p. 178. Gabriel, 2003, p. 40. Muñoz Zafra, 2006. Penche, 2014. Be-laustegi, 2023, pp. 51-52.

²¹ Colom, 2003, p. 289. Archilés, 2002, p. 65.

²² *El Noroeste* (Gijón), 22-IX-1897.

²³ *La Verdad* (Oviedo), 16-VI-1889.

²⁴ Higuera, 2024.

desde 1904 se generalizó la Fiesta del Programa del 22 de junio, que a menudo incluyó una merienda²⁵. También se conmemoró la abolición de la esclavitud en Puerto Rico mediante banquetes hegemonizados por republicanos, como en Santander u Oviedo²⁶. Otras veces, más que recordar el pasado se miraba al futuro, celebrando una inauguración o el comienzo de un proyecto²⁷. En 1912, por ejemplo, el «banquete monstruo» que le ofrecieron a Melquíades Álvarez en el Palacio de Industria del Retiro fue casi el hito fundacional del nuevo Partido Republicano Reformista²⁸.

Por otro lado, hubo ciertos banquetes que, no siendo expresamente antimonárquicos, se distinguieron por una presencia clamorosa de republicanos, como los de promiscuación, que gozaban de una larga tradición en Francia y permitían a los comensales expresar públicamente su ruptura con la Iglesia²⁹. En la misma órbita disidente del librepensamiento habría que situar los ágapes que remataban actos civiles laicos³⁰; o los banquetes solsticiales masónicos³¹.

La mayoría de los casos referidos fueron eventos prefijados que solían celebrarse todos los años por las mismas fechas. Sin embargo, la nómina de justificaciones aducidas para un ágape debe incluir los que dependían de un hecho circunstancial, cuya casuística resulta inabarcable. Destaca, primero, la celebración de victorias electorales. Por ejemplo, hasta 300 republicanos de Oviedo festejaron con un banquete el triunfo de la candidatura coaligada en 1886³². Y a menudo era sólo una parte del ritual, como en el Rubí de 1923, donde se le sumó una manifestación y un solemne homenaje en el cementerio civil al guerrillero Josep Palet³³. Ante el mantel también podían los concejales triunfantes explicar su programa, como hizo Gómez Chaix en Málaga en 1909³⁴. Sin olvidar la importancia de otras citas preelectorales, pues una comida podía servir para ganar voluntades o acordar candidaturas: no faltan testimonios de un Castelar almorzando con el ministro de la Gobernación para proteger a uno de sus candi-

²⁵ *El Diluvio Ilustrado*, 23-VI-1906.

²⁶ *La Unión*, 25-III-1879. *El Carbayón*, 26-III-1881.

²⁷ El Centro Republicano de Irún, en *El País*, 23-XI-1908.

²⁸ Suárez Cortina, 1986, pp. 70-71.

²⁹ Lalouette, 1994.

³⁰ Sánchez Collantes, 2020, pp. 35 y 39.

³¹ Torres, 1995.

³² *La República*, 17-IV-1886.

³³ Batalla, 1999, p. 103.

³⁴ Arcas, 1985, p. 313.

datos³⁵. En vísperas de los comicios de 1893, los republicanos de Madrid intensificaron la movilización con banquetes y actos en los barrios periféricos y obreros³⁶. Y en Salamanca se constató igualmente su operatividad durante las campañas electorales de comienzos de siglo³⁷.

Otro acicate fue la visita de algún dirigente reputado. Entonces, los banquetes ponían en contacto al jefe nacional con los cuadros intermedios, constituyendo una herramienta de vertebración y cohesión grupal, aparte de un mecanismo de inserción en la vida popular³⁸. Algún paralelismo había con los viajes regio no sólo desde el punto de vista de la propaganda, sino también por su búsqueda de legitimidad, acercamiento al pueblo, refuerzo de identidades y adhesiones emocionales³⁹. Se lograba con un cierto ritual a base de operaciones reiteradas, como explicó Francos Rodríguez sobre un viaje de Pi y Margall a Asturias: «despilfarro de ruido y de clamores; entradas triunfales, banquetes, jiras, brindis fogosos, mucho ajeteo de juntas y comisiones; una verdadera explosión de política menuda»⁴⁰. La campaña que emprendió el líder federal en 1881, por ejemplo, abarrotó el Teatro Principal de Santander para un banquete-mitin⁴¹. Y en Galicia fue obsequiado con diversas comidas y jiras una década más tarde⁴², lo mismo que Salmerón en varias provincias andaluzas⁴³. En tales actos los convites se repetían hasta la saciedad, como testimonió Ciges Aparicio: «Recuerdo haber asistido a once comidas en un mes»⁴⁴. También dio fe de ello el secretario de otro prócer republicano:

Durante el trayecto desde San Sebastián a Bermeo [...] le ofrecieron a Castelar, sus amigos y admiradores, siete banquetes nada menos, [...] y a todos les hizo honores el gran tribuno. Cuando notaba que alguien de nosotros simulaba comer y no probaba bocado, incomodábase de lo lindo y nos reprendía, diciendo:

³⁵ Alberola, 1950, p. 155.

³⁶ Miguel Salanova, 2018, p. 258.

³⁷ García González, 2018, pp. 259-260.

³⁸ Gabriel, 2008, p. 99.

³⁹ Barral, 2016.

⁴⁰ Francos, 1895, p. 209.

⁴¹ Miguel González, 2007, 66-67.

⁴² Alfeirán y Romero, 2001, p. 92.

⁴³ Martínez López, 2006, p. 195.

⁴⁴ Ciges, 1907, p. 226.

—[...] ¿Pero es que creen ustedes que los amigos se gastan mil pesetas en un banquete para que les desairemos? Hay que comer hasta reventar. La buena educación así lo exige⁴⁵.

Cabría añadir, finalmente, que otras veces el motivo de un banquete parece lo de menos, ya que ni se recuerda, como ilustran las memorias de Odón de Buen: «El primer acto político en que tomé parte fue en Zaragoza, en un banquete conmemorativo no sé de qué»⁴⁶. En el extremo contrario, los hubo particularmente emblemáticos, muy evocados en la propia memoria republicana, como el que homenajeó al expresidente Figueras en 1881⁴⁷.

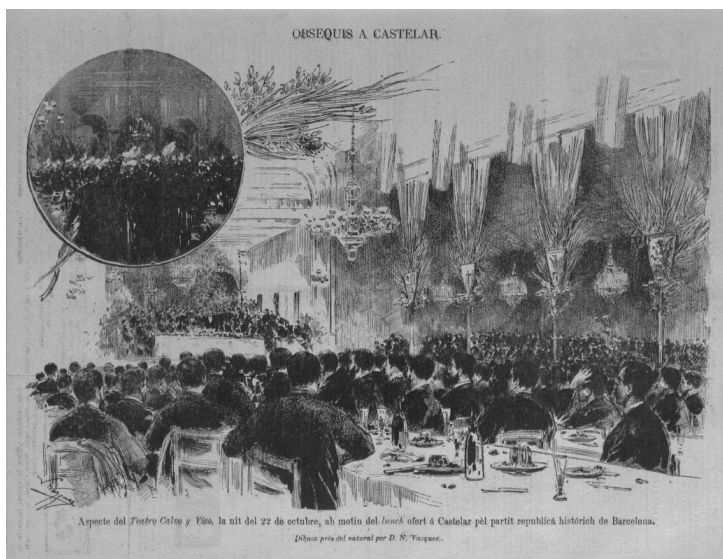


Figura 1
Banquete a Castelar en Barcelona
(*La Campana de Gracia*, 10-XI-1888, ARCA)

⁴⁵ Alberola, 1950, p. 164.

⁴⁶ Buen, 2008, p. 67.

⁴⁷ *El Diluvio*, 16-II-1881.

3. Espacios: recintos y lugares

Los sitios de celebración de los banquetes republicanos variaron muchísimo, y un primer condicionante radicó en las circunstancias legales, porque hubo años en que fueron prohibidos. Las trabas aumentaron bajo los gobiernos conservadores, por su concepción más restrictiva del ejercicio de las libertades y del orden público, que se evidencia en las instrucciones del Ministerio de la Gobernación⁴⁸. En cualquier caso, los banquetes de principios de la Restauración dieron cierta proyección al republicanismo y funcionaron como «mítines encubiertos»⁴⁹.

En febrero de 1879, estando aún ilegalizadas las organizaciones republicanas, la prensa habló comedidamente de los «banquetes que los demócratas de Madrid celebraron *el día 11*»⁵⁰. Aparte, existió la discreta opción de refugiarse en el ámbito doméstico o en fincas particulares, no siempre reducida a un puñado de familiares. En 1881, por ejemplo, tras haberse prohibido los actos del 11 de febrero en Figueras, el exministro Tutau abrió su quinta para una comida que resultó multitudinaria, pues la «hizo anunciar a son de trompeta por todas las calles y plazas»⁵¹. Cánovas volvió a proscribirlos en 1884, en un giro muy revelador de la significación de esta comensalidad⁵². Aparte de las quejas en la prensa⁵³, hubo quienes desafiaron la veda, como el presidente del comité federal de Yecla (Murcia), que reunió en su domicilio hasta cien amigos⁵⁴.

Incluso cuando los banquetes se permitieron, fueron celosamente supervisados, pues todo acto que congregase a más de veinte personas exigía la incómoda presencia de un delegado de la autoridad, conforme a la ley de reuniones del 15 de junio de 1880. Todavía a principios del novecientos, no era extraño que «la policía y la Guardia civil» vigilasen el inmueble donde transcurría un banquete republicano⁵⁵. De hecho, estudios locales como los de Málaga atestiguan que los gobernadores civiles ma-

⁴⁸ Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), FC-M.º_Interior-A,5-Exp.8, circulares a gobiernos de provincias de 1881-1905.

⁴⁹ Gutiérrez Lloret, 1989, p. 32.

⁵⁰ *La Unión*, 14-II-1879.

⁵¹ Gabriel, 2008, p. 91.

⁵² Vera, 1886, p. 1010.

⁵³ *La Crónica* (Badajoz), 9-II-1884.

⁵⁴ *La República*, 14-II-1884.

⁵⁵ *El País*, 14-II-1904.

nejaban informes sobre tales reuniones⁵⁶. Verdaderamente, los exigían desde Gobernación: «Deme Vd. cuenta de la celebración de todo banquete con detalles de cuanto haya podido ocurrir»⁵⁷. Las restricciones se afrontaban con sentido práctico, juntándose en grupos de diecinueve personas, como hicieron en algunos pueblos de Jaén y en muchos lugares de España⁵⁸.

En condiciones normales, los ágapes republicanos solían verificarse en los propios centros de sociabilidad o bien en cafés, restaurantes, fondas y similares; incluso en teatros. En poblaciones de cierta entidad, coincidían varios a la vez cada 11 de febrero, y muchas sociedades republicanas presentaban limitaciones de espacio. Con motivo de la Fiesta del Programa, por ejemplo, el Círculo Democrático Federal de Barcelona promovió un lunch en 1927 y resultaron «insuficientes las mesas»⁵⁹. Tampoco la redacción de un periódico solía distinguirse por su amplitud, pero hubo banquetes del 11 de febrero ahí, como el de los castelarinos de Bilbao en las oficinas de *El Porvenir Vascongado*⁶⁰. La solicitud de un local al Ayuntamiento de turno podía verse denegada si gobernaban los conservadores⁶¹.

De ahí el éxito de los establecimientos hosteleros, muchos con amplios salones en los que disponer largas mesas. Hubo banquetes que, directamente, se celebraron en «el mayor [local] que se pudo encontrar»⁶². Además, eso les permitía dejarse ver, salir de su universo cerrado y mostrar sus convicciones en espacios públicos. Asimismo, hubo republicanos dueños de negocios de comidas, y esto constituía un reclamo para sus correligionarios. En la Sociedad de Librepiensadores de Reus, por ejemplo, figuró el dueño de la Fonda de París, «local on se celebraven la majoria de banquets republicans»⁶³. Quizás operó el mismo aliciente que movía a ciertos masones: «habiendo veinte establecimientos que expenden los mismos artículos, si entre ellos hay tan sólo uno cuyo propietario es mason, es decir, un hermano nuestro, a él debemos ir sin vacilar»⁶⁴.

⁵⁶ Muñoz Zafra, 2006, p. 181.

⁵⁷ AHN, FC-M.º_Interior-A,5-Exp.8, circular a gobernadores del 8-II-1889 (pasaje similar el 8-II-1905).

⁵⁸ Jaén, 2016, pp. 48-49.

⁵⁹ *El Luchador*, 27-6-1927.

⁶⁰ Penche, 2010, p. 77. En *DLP*, 18-II-1892, otro de la redacción de *El País*.

⁶¹ *DLP*, 21-II-1902.

⁶² *DLP*, 28-XII-1906.

⁶³ Duarte, 1992, p. 206.

⁶⁴ *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, 26-II-1907.

En las grandes ciudades existieron lugares recurrentes para determinados grupos. En Madrid, por ejemplo, los diputados de la minoría republicana frecuentaron el restaurante Fornos. El mismo establecimiento en el que once directores de periódicos firmaron unas bases por la cordialidad durante una cena en 1882, y donde organizaron otra para impulsar una Liga de la Prensa Republicana⁶⁵. Allí también comieron «todos los años» redactores y colaboradores de *Las Dominicales*⁶⁶. Igual que los del diario institucionista *La Justicia*: en 1892 el banquete de su redacción coincidió en Fornos con el de los parlamentarios y el de los republicanos del distrito del Congreso, «pasando los comensales de unas habitaciones a otras»⁶⁷. Esto sólo era viable en amplias instalaciones: no todos los sitios podían acoger un banquete como el que, en junio de 1890, reunió a 500 comensales en honor de la minoría y la Asamblea Nacional Republicana⁶⁸.

Aparte, habría que considerar todos los que no se verificaron en espacios cerrados, sino al aire libre, posibilidad sujeta a la climatología del lugar. En regiones frías, para un 11 de febrero, era difícil que prosperara la propuesta que Lerroux formuló en el trigésimo aniversario de la República, consistente en sustituir los tradicionales banquetes entre paredes por una «merienda democrática» en las afueras. En Barcelona su envite se tradujo en la masiva reunión de la montaña del Coll, que juntó hasta 45.000 personas⁶⁹. Según Álvarez Junco, «servían para reforzar lealtades y, a la vez, para ocupar el espacio público y atraer la atención sobre un sujeto político hasta entonces no reconocido»⁷⁰. Y a veces incluyeron actos tan simbólicos como plantar un árbol de la libertad. Su carácter familiar y multitudinario, además, intensificaba los «efectos grupales cohesionadores»⁷¹. Rafael Calzada presenció aquella «romería cívica de la Libertad» en 1908, y pudo observar las cantinas y las tiendas de campaña que salpicaban la ladera, mientras los orfeones interpretaban el *Gloria a España* de Clavé y *La Marsellesa* ante 50.000 personas⁷².

⁶⁵ Gabriel, 2007, p. 133.

⁶⁶ *DLP*, 14-II-1891.

⁶⁷ *DLP*, 18-II-1892.

⁶⁸ *La República*, 6-VI-1890.

⁶⁹ Gabriel, 2003, pp. 63-64.

⁷⁰ Álvarez Junco, 1990, p. 390.

⁷¹ Duarte, 1997, p. 188.

⁷² Fernández Calzada, 1927, pp. 330-332.

«Meriendas democráticas» las hubo en muchas regiones, con asistencia de mujeres y niños, y no necesariamente el 11 de febrero. También constituían una alternativa a otras formas de movilización al aire libre expresamente prohibidas en determinados momentos: «Las manifestaciones en la vía pública que necesitan el permiso previo de la Autoridad, no las autorice de ningún modo; y si se intentase celebrarlas [...] esté preparado para impedirlo o para disolverlas por la fuerza»⁷³. En marzo de 1893, los republicanos madrileños festejaron el resultado electoral con una «merienda popular» en la Pradera de San Isidro que fue de las más recordadas en la capital⁷⁴. En Sevilla también se organizó una en agosto de 1903⁷⁵. Y en Castellón se utilizaron en 1909 en la campaña contra Maura⁷⁶. Unas 6.000 personas llegaron a juntarse ese año en otra «merienda cívica» en Baeza⁷⁷. Y al siguiente, «varios millares» se calcularon en la que impulsó la Juventud Republicana de Es Castell⁷⁸. En Málaga, que ya en 1889 conoció jiras en la playa de La Caleta⁷⁹, en 1904 reunieron 8.000 personas en otros espacios e incluso se repartieron libros⁸⁰. A escala más modesta, los encuentros al aire libre por el 11 de febrero se documentan en pueblos como Sabiote (Jaén), donde se celebró en torno a «una gran hoguera en medio de la Plaza» y con «su gran buñolada»⁸¹; o Ateca (Zaragoza) con «varios banquetes» en sitios abiertos⁸²; o Mazarrón (Murcia)⁸³. En Gijón se recurrió a una jira para inaugurar un nuevo casino y una «merienda popular republicana» para festejar el triunfo en las municipales⁸⁴. La tradición aquí se prolongó hasta los años 30, cuando propietarios de lugares de recreo seguían ofreciendo «incondicionalmente» sus instalaciones «para las fiestas o actos que dese[as]e organizar

⁷³ AHN, FC-M.º_Interior-A,5-Exp.8, Circular a gobernadores del 9-II-1901 (similar, el 8-II-1900).

⁷⁴ Anchorena, 2022, p. 191.

⁷⁵ López Villa, 2010, pp. 118-119.

⁷⁶ Archilés, 2002, p. 71.

⁷⁷ Jaén, 2016, p. 58.

⁷⁸ *La Voz de Menorca*, 19-X-1910.

⁷⁹ *La República*, 15-II-1889.

⁸⁰ Morales, 1999, pp. 181-182.

⁸¹ *DLP*, 8-III-1900.

⁸² *DLP*, 20-II-1892.

⁸³ *DLP*, 16-II-1894.

⁸⁴ *El Imparcial*, 13-X-1899. *El Noroeste*, 14-V-1909.

el partido»⁸⁵. Entremedias, en vísperas de la Gran Guerra republicanos y socialistas de las cuencas mineras asturianas promovían conjuntamente estas reuniones al aire libre⁸⁶. Igual que los republicanos de Portugal, que fomentaron las meriendas ligadas al excursionismo como formas de ocio que combinaban la vertiente lúdica y la propagandística, favoreciendo la sociabilidad, los vínculos afectivos y una suerte de culto laico de la naturaleza⁸⁷.



Jira republicana que se celebró hace pocos días en el alto de Mieres "Soutomillano", y á la que asistieron más de 12.000 personas para oír al ilustre tribuno D. Melquiades Alvarez FOT. A. W. S. 02

Figura 2

Jira republicana en Mieres (*Nuevo Mundo*, 10-VIII-1911, BNE)

Mientras tanto, a los republicanos que vivían fuera de España el simple hecho de compartir mantel les sirvió para arroparse y revalidar sus convicciones. De su paso por Ginebra, memoraba Ladevese: «¡Cuántos recuerdos evoca en nosotros aquel comedor de la calle Chante-Poulet, donde, después del trabajo, nos comunicábamos en fra-

⁸⁵ AHA-FGC, Actas del Comité Republicano-Federal de Gijón, 8-V-1931, Rollo 1296, K5/7, p. 18.

⁸⁶ Vigil, 1992, p. 284.

⁸⁷ Ribeiro, 2011, p. 201.

ternal intimidad nuestras tristezas y nuestras esperanzas!»⁸⁸. La prensa informó de banquetes conmemorativos de la República entre los exiliados de Lisboa y otros lugares⁸⁹. También en Buenos Aires los republicanos españoles comieron juntos el 11 de febrero⁹⁰. Y los expatriados en Orán:

Participamos a usted que el próximo día 11 de Febrero, como así lo hacemos todos los años, nos reuniremos en fraternal banquete algunos hijos de España que, aunque lejanos de nuestra madre patria, brindaremos por el librepensamiento, por la justicia social y por la República española⁹¹.

Aparte del 11 de febrero, hubo otras razones para la comensalidad política de los emigrados. Así, banquetes de homenaje a figuras como Ruiz Zorrilla, en los que participaron republicanos que los visitaban y exiliados de otros países, como el portugués Alves da Veiga⁹². De ahí que no fuese raro que las autoridades ordenaran su seguimiento. Ladevese recuerda un agente del Gobierno que se alojó en el mismo hotel que varios emigrados cuyas conversaciones trataba de escuchar, hasta que lo descubrieron y no volvió: «veíamoslo a las horas del almuerzo y de la comida, siempre solo en una mesita próxima»⁹³.

4. Preparativos y escenografía

Como aclara Ihl, la escenografía del banquete republicano no era un simple soporte material y accesorio, sino que se experimentaba como el crisol «d'une véritable éthique conviviale»⁹⁴. Organizar uno entrañaba una tarea laboriosa, dedicación y gusto estético; aparte de mucha responsabilidad para quienes informaran de la celebración a la autoridad, ya que les podían «exigir responsabilidad si hubiese lugar a

⁸⁸ García Ladevese, 1892, p. 129.

⁸⁹ *DLP*, 18-II-1892.

⁹⁰ Duarte, 1998, p. 55.

⁹¹ *DLP*, 15-II-1895.

⁹² Casero, [1908], p. 140.

⁹³ García Ladevese, 1892, p. 31.

⁹⁴ Ihl, 1998, p. 391.

ello»⁹⁵. La disposición de ornamentos simbólicos, la decoración floral, el acompañamiento musical o la distribución de los comensales eran detalles en absoluto triviales, pues había que diseñar escenografías funcionales. Incluso en las sociedades republicanas que exhibían un atrezo permanente, este se recargaba para ocasiones especiales con arreglos y complementos variopintos. Una comisión organizadora solía encargarse de todo.

Por lo pronto, había que publicitar la convocatoria, llevar un control de asistencia y gestionar los pagos. El procedimiento más habitual fue el uso de tarjetas o invitaciones por las que se adelantaba la cuota. En 1881 aseguró la prensa que los republicanos de Madrid habían lanzado una tirada de mil bonos⁹⁶. En los periódicos y el tablón del casino de turno se anunciaba el lugar y precio del banquete, así como el sitio donde inscribirse y abonar el coste. Los billetes solían adquirirse en la redacción de un periódico, en la tienda de algún correligionario o en sociedades afines. La casuística local es, de nuevo, muy amplia. A veces se remitían a modo de obsequio, como el que recibió el diputado Celleruelo de Castelar, quien aclaraba: «espero que en caso de impedirle asistir cualquier contingencia me devuelva la tarjeta»⁹⁷. Incluso la colonia de republicanos emigrados usó «esquelas de invitación», que luego conservaban como preciado recuerdo⁹⁸.

Sin llegar al grado de regulación del banquete masónico, el republicano tuvo su liturgia y su atrezo; flexibles, pero bien caracterizados. La variedad resulta, en cualquier caso, apabullante, sin un único tipo de local, como ya se vio; ni una única manera de colocar las mesas, que se encuentran dispuestas en batería, dibujando una T o una U, e incluso en forma de herradura⁹⁹. Y sin embargo, sí existieron rasgos comunes, como que la mesa presidencial destacase por sus ocupantes y posición. También la iluminación fue adquiriendo importancia conforme avanzaba el progreso técnico. De uno habido en Avilés en 1911, por ejemplo, se destacó la «profusión de bombillas hábilmente combinadas»¹⁰⁰.

⁹⁵ AHN, FC-M.º Interior-A,5-Exp.8, Circular del 8-II-1900.

⁹⁶ *El Imparcial*, 3-II-1881.

⁹⁷ AHA-FCC, Caja 9.861/32 (Castelar a Celleruelo, 28-V-1891).

⁹⁸ Casero, [1908], p. 146.

⁹⁹ Acaso un guiño masónico: *El Comercio* (Gijón), 16-II-1889.

¹⁰⁰ *El Noroeste*, 13-II-1911.

Los banquetes republicanos siguieron una escenografía muy cuidada y diseñada para sorprender, arropar y emocionar. En el sitio de celebración se multiplicaban las señas de identidad y las representaciones simbólicas, como alegorías, bustos, retratos, banderas, estandartes, colgaduras, tarjetones e himnos. Las posibilidades eran infinitas. También se recurrió a la ornamentación vegetal efímera, con laurel, palmas o flores que luego podían entregarse como obsequio a personas señaladas. Sin olvidar los monogramas o las divisas clásicas: en un banquete de Oviedo, presidían el escenario «los retratos de eminentes repúblicos y los lemas de Libertad, Igualdad y Fraternidad»¹⁰¹. En poblaciones más modestas, como Arévalo, el local estuvo «adornado con banderas y emblemas republicanos y el busto de la República»¹⁰². Frente a la sobriedad decorativa de algunos casos, en otros se describen tales alardes simbólicos que se podría hablar de un barroquismo estético republicano. La crónica de un banquete de Mieres en 1911, por ejemplo, hablaba de «*multitud* de cuadros alegóricos». En otro federal de Santander, las descripciones eran prolijas, aclarando que exhibía «profusión de adornos de ramaje y grandes tarjetones» con nombres de principios axiomáticos (Justicia, Democracia, Moralidad...) e idolatrados apóstoles o mártires de la causa (Ordax Avecilla, Sixto Cámara, Orense...) ¹⁰³. No pocas veces, las mujeres tomaron parte en la confección de emblemas, como en un banquete en la madrileña fonda de Los Leones de Oro, donde lució junto a la mesa presidencial un escudo con la alegoría de la República bordado por Lucila Medina¹⁰⁴.

La escénica decoración de los espacios, con su iconografía codificada y reconocible, así como la memorialística y los discursos o lecturas de poesías constituían, globalmente, «formas determinadas de espectáculo»¹⁰⁵. A menudo, el atrezo también incorporó objetos de inestimable valor simbólico para el republicanismo local, vestigios de luchas pasadas o reliquias dignas de veneración, como las dos banderas del Sexenio Democrático que presidían un banquete de 1909 en Málaga¹⁰⁶.

¹⁰¹ *El Noroeste*, 12-II-1898.

¹⁰² *DLP*, 19-II-1887.

¹⁰³ *La Voz Montañesa*, 29-III-1881.

¹⁰⁴ *El Imparcial*, 12-II-1886.

¹⁰⁵ Gabriel, 2003, p. 42.

¹⁰⁶ Arcas, 1985, p. 313.



Figura 3

Al fondo, atrezo en banquete de Barcelona
(*El Diluvio Ilustrado*, 27-II-1909, DDD-UAB)

5. Radiografía social de los comensales

El número de comensales fluctuó sustancialmente, desde las pocas decenas a varios centenares, siendo bastante común que se rondaran los cien cubiertos. Todo dependía del tamaño de la población, la afluencia de co-religionarios de aldeas o municipios vecinos¹⁰⁷, e incluso el grado de división del republicanismo local, indudable factor atomizador. Como botón de muestra, se pueden citar en las horquillas altas los 4.000 que reunió un banquete en Sabadell en 1886; o los que homenajearon a Melquíades Álvarez (1.400 en Oviedo en 1910; 2.000 en el Hotel Palace de Madrid en 1918 y 1931)¹⁰⁸. Varios centenares se documentan frecuentemente, sobre todo en atmósferas coalicionistas. Así, como simples ejemplos, cabe men-

¹⁰⁷ En un banquete de Tafalla estuvieron representados 14 pueblos navarros; hasta 45 de toda Murcia en otro de La Unión; y a Santa Cruz de Tenerife concurrían muchos «del archipiélago» (*DLP*, 18 y 20-II-1892).

¹⁰⁸ Martínez, 1990, p. 44. López Oliveros, 1989, p. 297.

cionar los 300 de Haro o Béjar en 1886; los 200 coligados de Lérida en 1887; en Badajoz, 170 en 1889; en Cenicero, 400 en 1892; 700 de un banquete en el Casino Republicano de Bilbao en 1893; en Valladolid, 400 federales en 1897; o los 500 de un banquete republicano de Sevilla que, en 1908, sirvió de broche de un mitin ante unas 12.000 personas¹⁰⁹. En 1894 estimaba Nakens que en lo que iba de Restauración habrían banqueteadado en España «20.000 republicanos al año con motivo de aniversarios, elecciones, visitas de jefes y personajes, constitución de Comités y Juntas, apertura de círculos, etc.»¹¹⁰.

Ahora bien, para valorar la asistencia hay que considerar el precio, que no todos podían sufragar y dependía del menú. La mayoría de las crónicas no detallaban los alimentos porque los banquetes eran actos eminentemente políticos. A lo sumo, se limitaban a consignar el buen servicio para centrarse en los brindis y discursos, pero a veces ni eso: «No hemos de entretenernos en reseñar cómo se hizo el servicio [...] porque [...] para nosotros tiene la menor importancia el comer más o menos bien»¹¹¹. Así y todo, sí hay casos en los que se concreta, como en Gijón: «el humeante plato de *paella* constituía la nota clásica de aquella refacción democrática (4 pesetas cubierto)»¹¹². En Valencia, claro, las preparaban «en número extraordinario»¹¹³. Sea como fuere, la dimensión puramente gastronómica excede el objetivo de este trabajo. Lo que hay que subrayar es que el cubierto no solía resultar asequible para los correligionarios más desfavorecidos. Todo lo contrario que las meriendas al aire libre, y de ahí su carácter masivo, porque los organizadores instalaban una cantina sin impedir a los asistentes llevar sus propios bocadillos y bebidas¹¹⁴. Devenían así banquetes «de sobaquillo», una forma de sociabilidad más plebeya y también común en el blasquismo valenciano¹¹⁵. Además, en Barcelona los militantes acostumbraron a regalarse víveres para consumir allí (fruta, conservas, queso, jamón...) ¹¹⁶. En otros lugares, aunque se cobrase, podía represen-

¹⁰⁹ *La República*, 13 y 17-II-1886; 13-II-1887; y 13-II-1889. *DLP*, 18-II-1892. Penche, 2014, p. 111. *El Nuevo Régimen*, 13-II-1897. Fernández Calzada, 1927, p. 305.

¹¹⁰ *El Motín*, 2-XII-1894.

¹¹¹ *DLP*, 3-VIII-1899.

¹¹² *El Noroeste*, 12-II-1908.

¹¹³ *DLP*, 21-II-1886.

¹¹⁴ Gabriel, 2003, p. 64.

¹¹⁵ Reig, 2000, p. 98.

¹¹⁶ Culla, 1986, p. 115.

tar hasta una cuarta parte (la citada «merienda popular republicana» de Gijón valió una peseta).

Fuera de esas modalidades baratas, un banquete resultaba inasumible para el grueso de las economías obreras —o, cuando menos, un gasto superfluo—. En 1903 un corresponsal se sorprendió porque al de Oviedo asistiera un número «muy inferior al que se esperaba, dado el precio módico del cubierto para dar al acto carácter popular»¹¹⁷. Pero en esa época ascendía con frecuencia a 4 pesetas, existiendo casos desorbitados, como las 7 que costó uno posibilista en Barcelona en 1886 o las 10 de otro de Linares en 1888¹¹⁸. En semejantes casos, bien puede hablarse de banquetes censitarios, porque el jornal medio a principios de siglo no rebasaba las 3 pesetas¹¹⁹. ¿Se proponían filtrar el perfil de los comensales? En la Francia de enero de 1848 esto se había logrado con estrategias como fijar un precio elevado, celebrarlo por semana en vez del domingo o, abiertamente, limitar las entradas para obreros y estudiantes¹²⁰.

En contadas ocasiones, se exploraron fórmulas para democratizar más los banquetes. Los federales madrileños, por ejemplo, lo intentaron estableciendo un precio progresivo en 1886: «gaste cada uno lo que estime conveniente». Buscaban que pagasen más quienes más tenían, pero esta tentativa no dio el fruto deseado y la comisión rectificó: «en vista de las dificultades insuperables con que ha tropezado [...] la cuota libre respecto del coste del cubierto, ha dispuesto que el precio de éste sea de 3 pesetas»¹²¹. Otras veces se probó fraccionando el pago, evidencia del sobreesfuerzo que acarrearba para las economías populares. Lo ensayaron los republicanos gijoneses en 1888, aunque sin demasiado margen para satisfacer los plazos¹²².

Algunas organizaciones, conscientes del perfil eminentemente popular de sus bases, en lugar del banquete optaron por los llamados «tés políticos», «democráticos» o «fraternales». Sin dejar de observarse en otras familias republicanas, fueron comunes entre los federales, inclinados a celebraciones más sobrias precisamente por la extracción social que dominaba entre sus afiliados, a veces incómodos en determinados banquete-

¹¹⁷ *El Noroeste*, 12-II-1903.

¹¹⁸ Gabriel, 2003, p. 56. Jaén, 2016, p. 189.

¹¹⁹ Tuñón, 1972, pp. 382-389.

¹²⁰ Winock, 2002, p. 141.

¹²¹ *La República*, 7 y 9-II-1886.

¹²² *El Grito del Pueblo*, 22-I-1888.

tes por atribuirles un carácter señorial y de orden¹²³. Lo que no impidió que incluso la facción de más «acendrado obrerismo» homenajeara con uno a Barriobero¹²⁴. Asimismo, la práctica fue común en los socialistas, que en 1893 podían asistir a un té por sólo 30 céntimos¹²⁵. En el campo republicano, esta alternativa permitía un hermanamiento similar al de los banquetes con la virtud de abrirse verdaderamente a «todos los federales inscritos en el censo»¹²⁶. Dicha austeridad también fue compatible con escenografías, discursos, brindis o música patriótica; y con la asistencia a otros actos en la misma jornada. En cualquier caso, se podía festejar el 11 de febrero con la idealizada frugalidad de unos republicanos de la zona minera de Triano (Vizcaya): «sirviendo de mesa unas traviesas, de manteles *La República* y de servilleta *Las Dominicales*»¹²⁷.

Naturalmente, el hecho de no poder costearlo no impedía ir a la hora de los brindis y el café a escuchar los discursos, punto culminante del banquete como acto político. En ese momento, solían incorporarse otros correligionarios, con frecuencia superando en número a los comensales. En el teatro de Alcira, por ejemplo, se organizó uno en honor de Castelar con 160 cubiertos, pero a los postres entraron 1.200 personas¹²⁸. Y en el homenaje a Figueras, en el Tívoli de Barcelona, comieron 550 y «habría en el público unas 1.500»¹²⁹. Tampoco hay que ver estos actos como una práctica aislada, ya que podían conjugarse con otras iniciativas más abiertas, como mítines o manifestaciones cuando se permitían¹³⁰. En Rubí, por ejemplo, el programa del 11 de febrero en 1883 incluyó un desfile de la banda de música por la mañana, el banquete al mediodía, un mitin por la tarde y un baile hasta medianoche¹³¹. El encadenamiento de formas de movilización lo evocó gráficamente Ciges Aparicio: «A los mitins suceden los banquetes. [...] A los banquetes siguen los mitins»¹³².

El precio explica que el perfil dominante fuera el varón adulto de clase media, aunque la presencia de algún industrial pudiente y varios

¹²³ Gabriel, 2008, p. 98.

¹²⁴ Millares, 1997, p. 51.

¹²⁵ Vigil, 1992, p. 33.

¹²⁶ *El Carbayón*, 7-II-1890.

¹²⁷ *DLP*, 18-II-1892.

¹²⁸ *El Globo*, 3-X-1880.

¹²⁹ *La Publicidad*, 16-II-1881.

¹³⁰ Gabriel, 2008, p. 97.

¹³¹ Batalla, 1999, p. 81.

¹³² Ciges, 1907, p. 226.

obreros especializados bastaban para imprimirle el barniz interclasista que los cronistas se afanaban por consignar: «desde el primer contribuyente hasta el humilde obrero»¹³³; «la mano del labrador se cruzaba con la del abogado, y la chaqueta del trabajador se rozaba con la levita del médico y el propietario»¹³⁴. Los publicistas alababan estos rasgos en sus jefes de forma un tanto hiperbólica, como al describir las «aficiones plebeyas» de Castelar a la mesa: «partidario acérrimo de la igualdad social, su prurito consistía en mezclar y confundir las clases altas con las clases bajas»¹³⁵. También en la Francia revolucionaria las actas de los banquetes cívicos no apreciaban «distinción alguna de edad, sexo o fortuna», pero Ozouf ha cuestionado que fuera de verdad la fiesta de *todos* los franceses¹³⁶. Para los ideólogos republicanos, al menos hipotéticamente, la fraternidad y la democracia eran eso, por lo que el banquete se convertía en una especie de microensayo del tipo de relaciones sociales armónicas que propugnaban. En cierto modo, como «ritual de representación política», quienes asistían encarnaban un universo donde los valores cívicos habían reemplazado a los principios jerárquicos del Antiguo Régimen; los comensales reconocían sus atribuciones, derechos y deberes de manera recíproca; en suma, la nación de ciudadanos tomaba conciencia de ella misma en clave democrática¹³⁷. De ahí que se considerase que estas «fiestas de fraternidad» tenían «su importancia en el desarrollo progresivo de nuestra sociedad»¹³⁸. Sin embargo, ningún banquete reunió a los miles de obreros republicanos de Barcelona, Gijón, Bilbao o Valencia, lo que recuerda a lo sucedido en los *banquets des maires* franceses, que teóricamente representaban a la nación pero en realidad excluían a los pobres y las mujeres¹³⁹.

En efecto, las mujeres tardaron en asistir a los banquetes, que a grandes rasgos se caracterizaron por un clamoroso androcentrismo. Existió presencia femenina temprana, pero fue más bien testimonial, como en los «pranzi patriottici» de Italia durante el Trienio Republicano (1796-

¹³³ DLP, 17-II-1899.

¹³⁴ DLP, 18-II-1892.

¹³⁵ Alberola, 1950, pp. 61 y 63.

¹³⁶ Ozouf, 2020, pp. 88-89.

¹³⁷ Ihl, 1998, pp. 387-388.

¹³⁸ DLP, 18-VI-1887.

¹³⁹ Ihl, 1996, p. 219.

1799)¹⁴⁰. En Madrid y en provincias consta la asistencia de mujeres ya en 1881, en algunos de los primeros banquetes del 11 de febrero autorizados. Más tarde, en 1892, incluso hubo uno en Alicante «presidido por tres hermosas señoritas». Y en 1895, en Soria, fue una mujer la que tocó *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*. Por esas fechas se notaba un claro interés por explicitar dicha presencia incluso en los más lacónicos telegramas: «Banquete de 80 cubiertos; 20 señoras»¹⁴¹. Y con el nuevo siglo aumentó su visibilidad (normalmente, esposas, hijas o hermanas de los varones). En el que homenajeó a Melquíades Álvarez en 1901, en el ovetense teatro de Campoamor, «los palcos y localidades principales estaban ocupados por señoras»¹⁴². Y en Bilbao, una de las treinta que concurrieron en 1905 hizo uso de la palabra¹⁴³. Pero, fuera de las meriendas al aire libre, lo común fue la ausencia o bien una presencia limitada, quedando reducidas por lo general a simples espectadoras, marginadas espacialmente, con un papel accesorio o incorporadas a la hora de los postres: «al servir el café entraron las señoras del presidente y secretario acompañadas por varias amigas, [...] recibidas con aplausos»¹⁴⁴. En un lugar industrial como Manresa, todavía en 1900 se veía como una novedad: «Acuden también, por primera vez, señoras, con agrado y sorpresa de los asistentes»¹⁴⁵.

La mera presencia de republicanas no solía comportar su intervención activa y protagonista, rol que los varones se reservaban para sí mismos, incluso recordándoles a ellas el suyo: «dar a sus hijos una educación cual conviene a los pueblos libres»¹⁴⁶. Semejante postergación trataba de compensarse en discursos o crónicas, con menciones que en general no pasaban de la mera adulación. Ahora bien, ocasionalmente hubo oradoras que hicieron vibrar al auditorio; propagandistas excepcionales como Belén Sárraga, Ángeles López de Ayala, Rosario de Acuña u otras personalidades del feminismo librepensador. Su asistencia a un banquete, además, constituía un poderoso reclamo que los organizadores procuraban subrayar, como hizo el Casino Republicano de Alfafar (Va-

¹⁴⁰ Strumia, 2011, p. 47 y ss.

¹⁴¹ *El Mundo Moderno*, 23-II-1881 (ejemplo de Toledo). *El Manifiesto*, 9-II-1881 (mujeres en uno de homenaje a Ruiz Zorrilla). *DLP*, 27-II-1892, 8-III-1895.

¹⁴² *El Liberal*, 2-X-1901.

¹⁴³ Penche, 2010, p. 243.

¹⁴⁴ *El Noroeste*, 15-II-1904.

¹⁴⁵ *DLP*, 22-II-1900.

¹⁴⁶ *El Diluvio*, 12-II-1890. Una exhortación parecida, en Strumia, 2011, p. 49.

lencia) cuando invitó a Sárraga en 1897¹⁴⁷. A su vez, en el ágape que se celebró en 1895 en Rubí, López de Ayala ocupó un lugar destacado, hizo uso de la palabra y se encargó de la reseña para *Las Dominicales*¹⁴⁸. Y no faltaron banquetes en honor de estas mujeres referenciales (por ejemplo, a Sárraga durante su campaña de 1899; o a Consuelo Álvarez Pool en 1907)¹⁴⁹. También dejaron rastro figuras anónimas igual de enérgicas, como «la esposa de un conocido republicano de acción» que, en una velada del 11 de febrero en Santander, exclamó subida en una silla: «Nosotras imitaremos a las mujeres francesas del 92. ¡Haremos en las plazas públicas talleres de armas y municiones!»¹⁵⁰. Entretanto, en el país vecino la feminista Hubertine Auclert denunciaba que, en los imponentes *banquets des mères*, ellas no figuraban ni como representantes ni como representadas¹⁵¹.

La asistencia de mujeres tuvo más relevancia en los banquetes de promiscuación, igual que en el caso francés¹⁵². Para esta sociabilidad libre-pensadora sí fue común que los republicanos encarecieran la participación femenina, en una concepción de género que entendía que debían sustraerlas del sojuzgamiento clerical¹⁵³. También los proyectos caritativos de naturaleza laica atrajeron perceptiblemente a las republicanas, como el «banquete de los pobres» organizado en Valencia como alternativa a la Pascua católica, que distribuyó raciones a dos centenares de necesitados¹⁵⁴. En la Italia revolucionaria las mujeres habían impulsado actos politizados similares, que no percibían como una caridad tradicional, mantenedora de los desequilibrios existentes, sino como la expresión de una voluntad real de cambio¹⁵⁵.

Las iniciativas benéficas en paralelo a los banquetes republicanos fueron muy comunes. En febrero de 1890, por ejemplo, los federales de Oviedo repartieron 500 bonos de la Cocina Económica entre los menesterosos antes de su acostumbrado té¹⁵⁶. Y en 1896, los republicanos

¹⁴⁷ Sanfeliu, 2005, p. 101.

¹⁴⁸ *DLP*, 22-II-1895.

¹⁴⁹ Ramos, 2021, p. 244. *El País*, 23-II-1907.

¹⁵⁰ *El País*, 23-II-1902.

¹⁵¹ Ihl, 1996, p. 219.

¹⁵² Lalouette, 1994, p. 227.

¹⁵³ Salomón, 2007, p. 127. Moreno y Mira, 2006, p. 69.

¹⁵⁴ Sanfeliu, 2005, p. 104.

¹⁵⁵ Strumia, 2011, pp. 47 y 53.

¹⁵⁶ *El Carbayón*, 11-II-1890.

del Casino de Rubí distribuyeron pan, carne y arroz¹⁵⁷. Lo mismo hicieron en Valencia en 1906, asegurando que la fiesta del 11 de febrero lograba «un alto fin de educación política» y «un acto humanitario» que constituía «el mejor homenaje que pod[ían] rendir a la santa causa de la República»¹⁵⁸. Este tipo de gestos solidarios también caracterizaron a la cultura republicana portuguesa, donde se practicó así una moral social que integraba en la fiesta el altruismo como vivencia simbólica de la fraternidad¹⁵⁹. Al modo del evergetismo antiguo, esta caridad laica seguramente generó contrapartidas en términos de simpatías populares y apoyo electoral. Sobre todo si, como en Ardales (Granada), se les manifestaba «que aquello se lo daba la República, que habría un día de redimirles de la miseria»¹⁶⁰.

¿Y qué decir de la edad? La juventud solía tener una representación notable y simbolizaba el futuro del partido, la continuidad en la lucha por la causa e incluso una implicación más enérgica. Su contrapunto lo encarnaban los más ancianos, patriarcas venerables que personificaban la experiencia y la veteranía en los combates por la libertad, lo que les deparaba un lugar señalado en la mesa presidencial¹⁶¹. Esto también dependía del carácter, si se da crédito a una carta de Estévanez: «nunca me gustó presidir nada ni en broma»¹⁶². Las crónicas explicitaban dicha mezcla: «Alternaban fraternalmente con el elemento joven muchos de aquellos veteranos [de] 1868»¹⁶³. Pero tampoco faltaron a veces niños o niñas, hijos de algunos comensales interesados en socializar a sus vástagos en los ideales que allí se celebraban.

De hecho, la comensalidad democrática funcionó como un verdadero rito de paso, casi un bautismo en el que los neófitos eran arrojados por esa comunidad política que los acogía en su seno. Conscientes de vivir un acontecimiento emocionante, los novatos, frecuentemente sostenedores de ideas rudimentarias, debutaban en el banquete atenazados por los nervios. Así que la primera vez se recordaba como un momento especialísimo:

¹⁵⁷ Batalla, 1999, p. 86.

¹⁵⁸ *El Pueblo*, 28-I-1906.

¹⁵⁹ Ribeiro, 2011, pp. 205-206.

¹⁶⁰ *DLP*, 20-II-1892.

¹⁶¹ Como Esquerdo en una fotografía de *El Liberal*, 4-XII-1911.

¹⁶² Estévanez, 1975, p. 194.

¹⁶³ *DLP*, 18-II-1892 (sobre Tarragona).

Cuando yo era muchacho [...] recuerdo que busqué todas las influencias posibles para asistir a un banquete republicano el 11 de Febrero.

[...] Pues a los catorce años me fui aquella noche, enfermo mi padre y todo, con mis versos correspondientes para el brindis.

Es una de mis páginas más queridas [...]. La palabra Libertad, resallaba por el aire del comedor. [...] Cuando [...] yo no sabía del todo lo que era una República [...].

Pidieron entonces que leyese mis versos, y un estremecimiento de humildad, una sensación de cobardía me detuvo levantado sin pronunciar palabra.

—¡Vengan esos versos, vengan esos versos! [...]!¹⁶⁴.

En estas reuniones también se forjaban relaciones y lealtades, selladas de modo más solemne cuanto más adversas resultaran las circunstancias políticas. Esta vertiente la testimonia Rodríguez-Solís cuando recuerda emotivamente «la amistad inquebrantable, sincera, fraternal, que se prometieron en un banquete político [...] cuatro jóvenes, para los que no había [...] otro sueño que la Democracia, la República y la Federación»¹⁶⁵. De ahí que en la prensa se considerase, «más que un banquete político, [...] una reunión de hermanos»¹⁶⁶. Aseguraba Gutiérrez-Gamero que los banquetes «estrechan lazos de amistad, afirman convicciones» y, en algunos, incluso apreciaba una «potente prueba de virilidad»¹⁶⁷. Hay, asimismo, especialistas que en determinados actos republicanos advierten una sustitución del antiguo ceremonial religioso por otro secularizado, con la fe en el advenimiento de la república como elemento aglutinador¹⁶⁸. Así, a modo de religión política, cobraría otro matiz la idea del 11 de febrero como día de «culto por la República»¹⁶⁹. O palabras como las de Fernando Lozano: «Este pan de los banquetes republicanos es la nueva hostia en que comulgan nuestras almas patrióticas y libres»¹⁷⁰.

Por último, doctrinalmente los banquetes podían reunir a una sola facción, a varias o a todas, según el grado de avenencia reinante. En tesis

¹⁶⁴ *El Noroeste*, 11-II-1900.

¹⁶⁵ Rodríguez-Solís, 1931, p. 121.

¹⁶⁶ *La República*, 12-II-1887.

¹⁶⁷ Gutiérrez-Gamero, 1962, pp. 135-136.

¹⁶⁸ Robles, 1994, p. 299.

¹⁶⁹ *DLP*, 16-II-1906.

¹⁷⁰ *DLP*, 18-II-1892.

de entendimiento, las dinámicas aglutinadoras se reforzaban, y no comparecer en un banquete coalicionista servía para expresar distanciamiento¹⁷¹. Aparte, la representación en determinadas comidas podía considerarse estratégica para la imagen pública de un partido o dirigente, y de ahí la petición de Castelar a Celleruelo:

Querido amigo: hemos resuelto dar un banquete a León Say como representante de la República conservadora en Francia y de las ideas progresivas y liberales, al cual deseo coopere con su presencia y su contingente respectivos [...] ¹⁷².

6. La estructura del acto

Los banquetes del 11 de febrero siguieron, por lo general, un esquema bastante definido y ritualizado. Cabe distinguir un comienzo, un nudo y un desenlace preñado de significación a la hora de los brindis, discursos y cánticos. El arranque podía resultar bastante ceremonioso, con la interpretación de *El Himno de Riego* o *La Marsellesa*, a veces escuchados de pie con una solemnidad marcial. Acto seguido, el presidente tomaba la palabra para hacer una breve intervención desde la mesa estratégica que ocupaba. Era asimismo el momento de leer algún telegrama de correligionarios distinguidos que excusaban su ausencia. Esta primera parte no solía demorarse mucho y terminaba con el inicio de la comida propiamente dicha¹⁷³.

Una vez comenzado el servicio del menú, la charla proseguía, atomizándose en conversaciones paralelas. Aparte del protagonismo ritual del champán en los brindis, el vino también estimulaba la fraternización, a pesar del repudio discursivo de la cultura republicana hacia el alcohol, que muchas veces no rebasó la pura teoría. En algún caso, la crónica aclaró que en el banquete no se había fumado ni producido «ningún daño con el vino y los licores»¹⁷⁴. O podía recurrirse a otras bebidas, como se supone que hicieron dos niños que brindaron en San Sebastián en 1892¹⁷⁵.

¹⁷¹ Frías, 1992, p. 70.

¹⁷² AHA-FCC, Caja 9.861/32 (Castelar a Celleruelo, 28-V-1891).

¹⁷³ Como ejemplo, *El Noroeste*, 13-II-1910.

¹⁷⁴ Gabriel, 2008, p. 98.

¹⁷⁵ *DLP*, 18-II-1892.

La hora de los postres era el momento en que el aforo crecía por la incorporación de esos correligionarios que no habían estado en la comida. A partir de ahí se sucedían los brindis, los discursos, los recitales poéticos, la lectura de telegramas y las cartas de adhesión. Como señala Pere Gabriel, al margen del contenido, «la palabra pronunciada y la retórica tenía de por sí [...] un alto valor político y de espectáculo»¹⁷⁶. Escucharlos y ovacionarlos provocaba efectos integradores¹⁷⁷. Por añadidura, un banquete republicano podía alargarse extraordinariamente, según el número de oradores y el tiempo que emplearan. Una hora y media llegó a tomarse Álvaro de Albornoz en uno de Mieres en 1910¹⁷⁸. En 1891, otro banquete del 11 de febrero en Logroño se prolongó durante siete horas¹⁷⁹. De hecho, la parte estrictamente gastronómica se extendía a veces más de lo normal. Un caso célebre lo recordó Ladevese: «Las interminables comidas de Víctor Hugo son legendarias; solían durar más de dos horas»¹⁸⁰.

De algún modo, el descorche del champán servía para articular el inicio de la última parte, que concentraba la mayor sustancia política de la reunión: «Los brindis [...] en esta clase de fiestas son lo más interesante y lo que les da carácter y significación»¹⁸¹. Entonces, la atención de los comensales volvía a dirigirse hacia la mesa presidencial, habitual punto de arranque de las intervenciones, usualmente rematadas por el consabido «¡viva la República!». Extremados los afectos, los congregados llegaban al paroxismo con los vítores y aplausos, generando una atmósfera propicia a las emociones. Se dijo que el ¡viva! que clausuró un banquete en Lorca «fue repetido por más de diez mil personas»¹⁸². Y a Salmerón, en otro de Almería, lo interrumpieron al grito de «¡Viva el segundo Jesucristo!»¹⁸³. Este expresidente de la República, por cierto, en un banquete por la onomástica de Ruiz Zorrilla se olvidó del homenajeado en sus brindis¹⁸⁴.

Los menos curtidos en el *ars dicendi* podían iniciar los discursos con un introito manido que Cansinos-Assens tildó de innecesario: «Yo no soy

¹⁷⁶ Gabriel, 2003, p. 43.

¹⁷⁷ Castro, 2001, p. 33.

¹⁷⁸ *La Verdad*, 16-III-1890.

¹⁷⁹ Bermejo, 2020, p. 196.

¹⁸⁰ García Ladevese, 1892, p. 31.

¹⁸¹ *DLP*, 18-II-1883.

¹⁸² *DLP*, 23-II-1894.

¹⁸³ Martínez López, 2006, p. 204.

¹⁸⁴ *DLP*, 10-I-1886.

orador»¹⁸⁵. En general, dominó la crítica a la monarquía, el recuerdo de mártires o emigrados, las consideraciones políticas sobre la historia y el porvenir, etcétera. Pero no siempre reinó el consenso: en un banquete de Madrid alguien pronunció «un brindis cantonal» que generó «murmillos de disgusto»¹⁸⁶. Y en Salamanca hasta se brindó «por la República de toda Europa», asimilándola a «la igualdad universal»¹⁸⁷. También se intervino en verso: «Brindo por la Libertad/ fuente del derecho humano:/ por el pueblo soberano/ y por la santa igualdad./ Brindo a la Fraternidad/ que el amor del hombre abona./ ¡Por la Ciencia! que sanciona/ de la sociedad las leyes./ abre una tumba a los reyes/ y sus tronos desmorona»¹⁸⁸. Aunque fuera excepcional, en Orán una niña presidió un banquete del 11 de febrero y leyó una poesía¹⁸⁹. La asistencia a este ritual «reforzaba el compromiso con la causa», pero el espectáculo también propiciaba la asimilación-reproducción de lo que allí se decía¹⁹⁰.

Los brindis hacían las veces de mítines y los representantes de la autoridad permanecían vigilantes. A fin de evitar «lamentables complicaciones», las órdenes del ministro de la Gobernación eran tajantes: «Si con motivo de los brindis se atacase la forma de Gobierno vigente o la Dinastía, o se proclamase el derecho de insurrección, el delegado deberá declarar disuelta la reunión, entregando a los autores de toda transgresión de la ley a los Tribunales ordinarios»; incluso al empezar el novecientos: «impedirá se profieran gritos de «viva la república», [o] se dirijan ataques a las Instituciones y Personas Reales»¹⁹¹. Todavía un siglo después, en 1976, estas suspicacias llevaron a Claudio Sánchez-Albornoz a censurar «a quienes condenaban a los republicanos a una cena de mudos»¹⁹². En la Restauración no faltaron soluciones ingeniosas. En 1884, por ejemplo, en el santanderino café Suizo optaron por una estrategia «tan solemne como discreta e inusitada», basada en la mímica: «en un instante preciso se pusieron de pie, bebieron en silencio una copa y se sentaron seguidamente»¹⁹³. Más desafiantes fueron las aplaudidas palabras de Sol

¹⁸⁵ Cansinos, 1995, p. 293.

¹⁸⁶ *El Imparcial*, 12-II-1886.

¹⁸⁷ *El Fomento*, 12-II-1886.

¹⁸⁸ *DLP*, 20-II-1892 (ejemplo de Algeciras).

¹⁸⁹ *DLP*, 22-II-1895.

¹⁹⁰ Duarte, 1997, pp. 187-188.

¹⁹¹ AHN, FC-M.º Interior-A,5-Exp.8, Circulares del 8-II-1889 y 8-II-1905.

¹⁹² Movellán, 2021, p. 206.

¹⁹³ *DLP*, 17-II-1884.

y Ortega en un banquete de Barcelona: «No podemos gritar ¡Viva la República! decía, pues no gritemos ¡Viva la República!»¹⁹⁴. En otro de Córdoba, un comensal terminó preso tras enervar al delegado del gobernador, que estalló: «¡No permito eso, no permito eso! Queda disuelto este banquete»¹⁹⁵. El acecho se intensificó bajo la Dictadura de Primo de Rivera, cuando tampoco acabó bien un banquete sin autorización que reunió a una veintena de amigos en un bar de Gijón coincidiendo con el santo de Alfonso XIII —salta a la vista el pitorreo—:

[...] el exceso de libación hizo desatar la lengua a Díaz Fernández, Barreal y Merediz contra la fiesta mayestática del día. Alguien le fue con el soplo a las autoridades, y los comensales dieron con sus huesos en la cárcel¹⁹⁶.

Un elemento común fueron los remitidos por vía epistolar o telegráfica, a veces llamados «brindis de rúbrica»¹⁹⁷, que se leían en voz alta. En *Las Dominicales* definieron esos mensajes como «los latidos del corazón republicano en todo el ámbito de España»¹⁹⁸. Normalmente, llegaban por centenares. El banquete del 11 de febrero de los progresistas de Badajoz, por ejemplo, en 1883 reunió a 160 comensales y se recibieron más de 200 cartas de adhesión¹⁹⁹. Así se dieron a conocer textos esenciales, como la «notabilísima carta» que dirigió Pi y Margall a los federales de Valencia con ocasión de su importante banquete de 1881, que arrancaba disculpándose: «Siento mucho no estar entre vosotros»²⁰⁰.

Mediante el envío masivo de felicitaciones, los jefes también cultivaban su liderazgo y redes en provincias. Asimismo, fue costumbre que se acordase mandarles telegramas a ellos. O a los emigrados, sobre todo por militares otrora expatriados, que se acordaban de sus correligionarios²⁰¹. Y también se estiló remitir notificaciones a la prensa, que seleccionaba testimonios y los publicaba en números especiales cuyas portadas lucían

¹⁹⁴ *La República*, 24-IV-1886.

¹⁹⁵ *La República*, 23-II-1886.

¹⁹⁶ López Oliveros, 1989, p. 258.

¹⁹⁷ Sintagma popularizado por los comentaristas del toreo y utilizado ocasionalmente en estos banquetes (*El Nuevo Régimen*, 20-II-1897).

¹⁹⁸ *DLP*, 17-II-1893.

¹⁹⁹ López Casimiro, 1992, p. 177.

²⁰⁰ Vera, 1886, pp. 985-992.

²⁰¹ Higuera, 2022, p. 46.

grandes titulares y vistosas cenefas. A las redacciones llegaron crónicas detalladas que resultaba muy gratificante ver en papel: cumplían la función de ampliar la proyección pública del banquete y reconfortar, con su lectura, a quienes habían estado. En palabras de Duarte, «tan importante como reunirse era hacer saber que se habían reunido, que formaban parte de una familia extensa»²⁰².



Figura 4

Ejemplo de monográfico con telegramas (BNE)

En el transcurso de una comida, y particularmente durante la sobremesa, también prosperaban ideas o proyectos. En un banquete de la minoría republicana del Congreso en 1890, por ejemplo, se presentó el programa del Partido Republicano Centralista²⁰³. Y al calor del champán podían improvisarse un sinnúmero de propuestas, como nombrar una comisión que pasase a saludar por otros banquetes (muy frecuente); o iniciar una colecta para socorrer a los necesitados²⁰⁴; o para los presos y emigra-

²⁰² Duarte, 2014, p. 235.

²⁰³ Suárez Cortina, 2019, p. 228.

²⁰⁴ Como en la Francia revolucionaria: Ozouf, 2020, p. 89.

dos²⁰⁵. Incluso se tramaban conspiraciones o ultimaban levantamientos²⁰⁶. Todavía en 1930, en la larga sobremesa de un banquete en honor de Rodolfo Llopis en Gijón, «a alguien se le ocurrió» arrancar la lápida de mármol que homenajeara a Primo de Rivera en una céntrica iglesia, y allí se dirigieron todos²⁰⁷.

Al final, un balance del presidente clausuraba el acto. Los consabidos himnos, que «jalonaban y «ordenaban» las celebraciones»²⁰⁸, servían igualmente para levantar la sesión. Por lo general, marcaban los momentos más solemnes, adoptando una liturgia casi religiosa. Los ejecutaban sociedades corales, orfeones, bandas municipales e incluso, al correr de los años, fonógrafos o gramófonos (así sonó *La Marsellesa* en Mieres en 1908)²⁰⁹. También se les concedió algo de protagonismo a niños y niñas, como las que, llevando el gorro frigio, cantaron unos cuplés tras el banquete celebrado en 1917 en el pueblo riojano de San Vicente²¹⁰. En algún caso hasta se trasladó la música a las calles, como en Calahorra en 1889, cuando los federales —animados por las libaciones, se decía— recorrieron la población con las notas de *La Marsellesa* y la jota, entonando «canciones poco conformes con la moral y con las instituciones», por lo que terminaron detenidos al menos nueve²¹¹.

Al clausurarse los banquetes, se confundían los vivas a la República y las salvas de aplausos, en medio de un sinnúmero de abrazos y buenos deseos. En algún caso, a modo de plasmación sempiterna de la fraternidad, incluso se documenta la toma de fotografías de grupo, que podían remitirse a algún caracterizado líder del partido o a la redacción de un periódico²¹².

7. La banalización de una práctica anquilosada

Con el tiempo, aumentaron las voces críticas o desilusionadas con los banquetes, vistos como un ritual monótono y anticuado que había perdido

²⁰⁵ *La República*, 18-II-1887. *DLP*, 14-II-1891.

²⁰⁶ García Ladevese, 1892, 63.

²⁰⁷ Martínez, 1990, pp. 157-158.

²⁰⁸ Gabriel, 2003, p. 42.

²⁰⁹ *El Noroeste*, 13-II-1908.

²¹⁰ *La Rioja*, 13-II-1917.

²¹¹ *La Rioja*, 16-II-1889.

²¹² *DLP*, 18-6-1887 (banquete de librepensadores en Jabugo); *DLP*, 17-II-1899 (del 11 de febrero en Coria del Río); *DLP*, 3-VIII-1899 (conmemorativo de la toma de la Bastilla).

utilidad política. En parte, también desentonaban con las nuevas formas de movilización de masas. El cuestionamiento se advierte mejor al llegar el siglo XX, aunque existan precedentes. De hecho, la prensa de provincias rescató un viejo texto de Roque Barcia que ya pedía «Menos brindis y más reformas»²¹³. *El País* lo hizo en 1898: «¿qué es lo que festejan? ¿que en veinticuatro años no hayamos sabido reconquistar la República?»²¹⁴. Y antes *El Motín*, con su habitual sarcasmo: «noventa o cien aniversarios como éste y la monarquía, impotente para resistir tan terrible empuje, desaparecerá de España»²¹⁵. Unos años después, el periodista Adeflor sentenció que el 11 de febrero olía ya «a puchero de enfermo»²¹⁶. Y el krausista Alfredo Calderón incluso habló de «Banquetes funerarios», encontrando «algo macabro» en los «deportes gastronómicos» que recordaban «la desventurada República del 73»²¹⁷.

Sin llegar a desaparecer, los banquetes experimentaron cierta decadencia o redefinición en algunos sitios. En Bilbao, por ejemplo, tendieron a eliminarse del programa de conmemoraciones del 11 de febrero, prefiriéndose otros actos más lúdicos o un «té de honor» como antesala de veladas o bailes²¹⁸. Las meriendas ya vistas no dejaron de ser un intento de revitalizar estas prácticas, ya que Lerroux las propuso en 1903 como un medio «más democrático, más popular, menos ñoño» que los rutinarios banquetes²¹⁹. El dirigente radical subrayaba la inutilidad del viejo formato:

En torno de la mesa de mantel almidonado, [...] por unas horas [...] se fraterniza... Después... nada. Los buenos y candorosos republicanos vuelven a sus tareas habituales. Ha pasado su Pascua Florida, han cumplido con la Iglesia Republicana... A esperar otro año... medidos en casa²²⁰.

El periodista Antonio Sánchez Pérez, al filo del nuevo siglo, dudaba de que esas reuniones valieran para traer de nuevo la República: «no se alcanza, ni aun se intenta, celebrando, todos los años, banquetes, al fi-

²¹³ *Béjar Nueva*, 24-XII-1910. *El Pueblo*, 25-IV-1937.

²¹⁴ *El País*, 11-II-1898.

²¹⁵ *El Motín*, 16-II-1895.

²¹⁶ *El Noroeste*, 12-II-1908.

²¹⁷ *El Noroeste*, 14-II-1900.

²¹⁸ Penche, 2010, p. 219.

²¹⁹ Culla, 1986, p. 66.

²²⁰ Álvarez Junco, 1990, p. 100.

nal de los cuales pronunciemos invariablemente los mismos brindis»²²¹. Un escéptico Emilio Junoy advirtió también sobre el peligro de ese «culto exagerado», de «entretenerse demasiado en celebrar y festejar aniversarios», idea que hizo suya *El País* con el gran titular «Las ilusiones del 11 de Febrero»²²². Desde Barcelona, un poema de *El Diluvio* ironizó con la banalización del ritual conmemorativo: «El 11 de Febrero es un gran día./ y yo lo he celebrado en un convite/ con soberbia y legítima alegría./ Comer una vez sola es mi desquite/ sobre la restaurada monarquía./ Al pronunciar el brindis elocuente/ hice una apelación a mi memoria/ y a mi brindis del año precedente./ pues todo se repite en nuestra Historia.../ todo, menos el 11, únicamente»²²³. Unos reproches que se formularon también en verso desde otras regiones: «[...] y después de pasar tan fausto día/ olvidanse amenazas y promesas.../ y esperamos un nuevo aniversario/ para en él repetir la cantinela»²²⁴.

En plena Gran Guerra, Nakens defendió en *El Motín* «la conveniencia de no banquetear ni *juerguear* el 11 de febrero», alegando que, en aquel momento de «porvenir incierto» y de necesidades en muchos hogares, «podrían tomarse por insulto cruel a tantas desgracias [...] esos banquetes, vinos de honor, veladas y demás fiestas». Algunos suscriptores del semanario, decepcionados con la propuesta, se dieron de baja, y el anticlerical respondió con ironía:

[...] la única manera de que venga la República es celebrar el 11 de Febrero dos banquetes en lugar de uno; pronunciar discursos terribles; repetir, como lo venimos haciendo treinta años y pico, que aquel será el último aniversario que celebraremos bajo el ominoso yugo de la Monarquía [...]²²⁵.

En cierto modo, la adversidad devolvió el sentido a este tipo de actos bajo la Dictadura de Primo de Rivera. De hecho, la propia Alianza Republicana surgió al calor de las comidas o cafés colectivos organizados en torno al 11 de febrero de 1926²²⁶. Esta nueva coalición animó expresamente «la celebración de actos conmemorativos de aquella gloriosa

²²¹ *El Avance* (Gijón), 12-II-1900.

²²² *El País*, 11-II-1905.

²²³ *El Diluvio Ilustrado*, 18-II-1905.

²²⁴ *El Noroeste*, 12-II-1900.

²²⁵ *El Motín*, 15-II-1917.

²²⁶ Alfeirán y Romero, 2001, p. 32.

fecha»²²⁷. Sin embargo, recomendó aguzar el ingenio: «La MOVILIZACIÓN CIVIL del 11 de Febrero se puede hacer de muchas maneras. No están mal los banquetes, pero preferiríamos iniciativas más originales, actos más nuevos»²²⁸. Con todo, hubo bastantes y hasta medio centenar de personas se reunieron sin permiso oficial en algunas ciudades²²⁹. Azaña recuerda uno en honor a Giral en el que se quedaron a oscuras y los comensales aprovecharon para dar gritos políticos: «en cuanto se apagó la luz, sonaron vivas a la República, *mueras* a Primo de Rivera, y algunos cantaron *La Marsellesa*»²³⁰.

Conclusión: funciones y significados de un ritual político

Igual que en otros países, los banquetes funcionaron en el republicanismo español como una eficaz herramienta de movilización política y sociabilidad, más allá del simple hecho fisiológico de alimentarse. Aunque hubo otras fechas, el día por excelencia para fraternizar en torno a una mesa fue el 11 de febrero, como ocurrirá con el 14 de abril tras proclamarse la Segunda República. Antes de 1931, en contextos represivos y mientras el republicanismo encarnó una cultura de oposición, los banquetes estuvieron en el punto de mira de las autoridades.

Siguiendo un esquema básico común, esta forma de comensalidad igualaba a quienes fraternizaban ritualmente, compartiendo viandas en torno a una misma mesa que emulaba un marco de ciudadanía. Se trató de una práctica social del repertorio festivo republicano que se puede considerar multifuncional. Por lo pronto, internamente, se estrechaban filas reforzando los sentimientos de pertenencia y los vínculos, máxime cuando se creían parte de una historia colectiva de batallas por la libertad. Hacia el exterior, constituían una demostración de fuerza y poder visible, dada su proyección pública, con una efectiva ocupación de calles y espacios en las meriendas populares, y que además se prolongaba luego en forma de crónicas, telegramas y relatos comunes. También fue muy significativo su papel como instrumento de socialización política, que en el caso de los neófitos añadía una vertiente de rito de paso. De su atmósfera reconfor-

²²⁷ *Las Circunstancias*, Reus, 11-II-1928.

²²⁸ *El Luchador*, 24-I-1928.

²²⁹ López Oliveros, 1989, p. 257.

²³⁰ Azaña, 2011, p. 140.

tante dimanaba una energía cohesiva que robustecía la fe en la causa y en su viabilidad, convirtiéndose en un día de convivencia que tonificaba la identidad republicana y blindaba las convicciones ideológicas con fogosas apelaciones emocionales. Todos podían sentirse protagonistas, aunque las mujeres no lo fueron tanto.

Dimensiones como la sociabilidad, la movilización o la efusión de sentimientos se conjugaron también en otras prácticas colectivas, pero los banquetes las integraron como ninguna. Todo ese potencial aleccionador se redobló mediante la dramaturgia y la escenografía cuidada, para realzar un ceremonial que armonizó sin problemas lo lúdico y lo solemne. En efecto, los símbolos y referentes culturales que conformaban el diseño del atrezzo republicanizaban el espacio del banquete, volviéndolo pasajera-mente disidente, al menos hasta que en 1931 la institucionalización normativizó el republicanismo y parte de sus ritos perdieron la connotación heterodoxa que los había singularizado en tiempos de monarquía.

Bibliografía

- AGULHON, Maurice, *Les mots de la République*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2007.
- ALBEROLA, Ginés, *Emilio Castelar. Memorias de un Secretario*, Madrid, Prensa Española, 1950.
- ALFEIRÁN RODRÍGUEZ, Xosé y ROMERO MASIÁ, Ana, *Republicanism coruñés. Aproximación histórica e selección documental, 1868-1936*, A Coruña, Archivo Municipal, 2001.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.
- ANCHORENA, Óscar, *En busca de la democracia. El republicanismo en Madrid (1874-1923)*, Madrid, CEPC, 2022.
- ARCAS CUBERO, Fernando, *El republicanismo malagueño durante la Restauración (1875-1923)*, Córdoba, Ayuntamiento, 1985.
- ARCHILÉS, Ferran, *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909*, Castelló, Ajuntament, 2002.
- AZAÑA, Manuel, *Diarios completos I*, Barcelona, Planeta, 2011.
- BAJTIN, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1987.
- BARRAL, Margarita (ed.), *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación*, Granada, Comares, 2016.

- BATALLA, Ramon, *Els casinos republicans. Política, cultura i esbarjo. El casino de Rubí, 1884-1939*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1999.
- BELAUSTEGI, Unai, «Cinco olas de sociabilidad republicana. El caso guipuzcoano (1868-1923)», en RUBIO, Coro (ed.), *Espacios de sociabilidad, espacios de identidad. País Vasco, 1875-1936*, Zaragoza, PUZ, 2023, pp. 23-57.
- BUEN, Odón de, *Mis memorias*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008.
- CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel, «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 19-85.
- CANSINOS-ASSENS, Rafael, *La novela de un literato*, t. 1, Madrid, Alianza, 1995.
- CASERO, Capitán [Carlos], *Recuerdos de un revolucionario*, Valencia, F. Sempere y Compañía Editores, [1908].
- CASTRO, Demetrio, «La cultura política y la subcultura política del republicanismo español», en CASAS, José Luis y DURÁN, Fernando (coords.), *El Republicanismo en la historia de Andalucía*, Priego de Córdoba, Patronato Alcalá-Zamora, 2001, pp. 13-34.
- CIGES APARICIO, Manuel, *Del periódico y de la política*, Madrid, Librería Sucesores de Hernando, 1907.
- COLOM I BUSSOT, Juli, *Republicanisme i cultura republicana a Terrassa. De la I República a la Setmana Tràgica*, Terrassa, Fundació Torre del Palau, 2003.
- CULLA I CLARÀ, Joan B., *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, Curial, 1986.
- DUARTE, Ángel, *Possibilistes i federals. Política i cultura republicanes a Reus (1874-1899)*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 1992.
- DUARTE, Ángel, «La esperanza republicana», en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 169-199.
- DUARTE, Ángel, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida, Milenio, 1998.
- DUARTE, Ángel, «Cultura republicana», en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.), *La Restauración y la República: 1874-1936*, Madrid, Marcial Pons/PUZ, 2015, pp. 229-254.
- ESTÉVANEZ, Nicolás, *Cartas*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1975.
- FERNÁNDEZ CALZADA, Rafael, *Cincuenta años de América*, t. II, Buenos Aires, Casa Editora de Jesús Menéndez, 1927.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José, *Cuando el Rey era niño. De las memorias de un gacettillero, 1890-1892*, Madrid, Imprenta de J. Morales, 1895.
- FRÍAS CORREDOR, Carmen, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento, 1992.

- FUENTES, Juan Francisco, «La fiesta revolucionaria en el trienio liberal español (1820-1823)», *Historia Social*, 78, 2014, pp. 43-59.
- GABRIEL, Pere, «Los días de la República. El 11 de febrero», *Ayer*, 51, 2003, pp. 39-66.
- GABRIEL, Pere, «Republicanismo federal y Salmerón: encuentros y desencuentros», en MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando (ed.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 119-146.
- GABRIEL, Pere, «La construcción de una cultura política popular: centros y actividades republicanas bajo la Restauración», en CABRERO, Claudia *et al.* (eds.), *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, KRK, 2008, pp. 87-114.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria, «Contra la Monarquía, la victoria electoral. Viejos y nuevos mecanismos de agitación política activados desde *El Porvenir*. Salamanca, 1903-1904», *Alcores*, 22, 2018, pp. 249-273.
- GARCÍA LADEVESE, Ernesto, *Memorias de un emigrado*, Madrid, Imprenta de Ricardo Fé, 1892.
- GUTIÉRREZ-GAMERO, Emilio, *Mis primeros ochenta años*, t. I, Madrid, Aguilar, 1962.
- GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana, *El republicanismo en Alicante durante la Restauración, 1875-1895*, Alicante, Ayuntamiento, 1989.
- HIGUERAS, Eduardo, *Memorias del insurreccionalismo republicano en la restauración (1883-1884)*, Salamanca, Universidad, 2022.
- HIGUERAS, Eduardo, «Manuel Ruiz Zorrilla», en OROBON, Marie-Angèle *et al.* (coord.), *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español (siglos XIX-XX)*, Granada, Comares, 2024, pp. 182-186.
- IHL, Olivier, *La fête républicaine*, Paris, Gallimard, 1996.
- IHL, Olivier, «De bouche à oreille. Sur les pratiques de commensalité dans la tradition républicaine du ceremonial de table», *Revue française de science politique*, vol. 48(3-4), 1998, pp. 387-408.
- IHL, Olivier, «A la table de Marianne. Mets et mots dans les banquets de la République», en MEYZIE, Philippe (ed.), *Banquets, gastronomie et politique dans les villes de province XIV^e-XX^e siècles*, Bordeaux, Féret, 2017, pp. 77-91.
- JAÉN MILLA, Santiago, *Ni iglesias ni tabernas. Republicanismo y escuelas de ciudadanía en Jaén (1849-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- JOVER ZAMORA, José María, *Realidad y mito de la Primera República*, Madrid, Espasa, 1991.
- LABRA, Rafael María de, *La República de 1873*, Madrid, Sindicato de Publicidad, 1910.
- LALOUETTE, Jacqueline, «Les banquets du «vendredi dit Saint»», en CORBIN, Alain, GÉRÔME, Noëlle y TARTAKOWSKY, Danielle (dirs.), *Les usages politiques des fêtes aux XIX^e-XX^e siècles*, Paris, La Sorbonne, 1994, pp. 223-235.
- LECUYER, Marie-Claude, «Fêtes civiques et libéralisme en Espagne (1812-1843)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 30-31, 2000, pp. 49-66.

- LÓPEZ CASIMIRO, Francisco, *Masonería y republicanismo en la Baja Extremadura*. Badajoz, Diputación, 1992.
- LÓPEZ OLIVEROS, Antonio, *Asturias en el resurgimiento español*, Gijón, Silverio Cañada, 1989.
- LÓPEZ VILLA, Antonio, *El republicanismo en Sevilla a comienzos del siglo XX*, Sevilla, Ayuntamiento, 2010.
- MARTÍNEZ, Carlos, *Al final del sendero*, Gijón, Silverio Cañada, 1990.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando, *Los republicanos en la política almeriense del siglo XIX*, Málaga, Fundación Unicaja, 2006.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román, *La montaña republicana. Culturas políticas y movimientos republicanos en Cantabria (1874-1915)*, Santander, Ayuntamiento, 2007.
- MIGUEL SALANOVA, Santiago de, «Los republicanos del Ayuntamiento de Madrid en las elecciones a Cortes de 1893», *Ayer*, 109, 2018, pp. 235-267.
- MILLARES CANTERO, Agustín, *Franchy Roca y los federales en el «Bienio azarista»*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo, 1997.
- MORALES MUÑOZ, Manuel, *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda doctrinal, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Asukaría Mediterránea, 1999.
- MORENO SECO, Mónica, y MIRA ABAD, Alicia, «Mujeres y sociabilidad laica (1875-1931)», *Asparkia*, 17, 2006, pp. 61-80.
- MOVELLÁN, Jesús, «Los últimos de la Tricolor». *Republicanos y republicanismo durante la transición hacia la democracia (1969-1977)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2021.
- MUÑOZ ZAFRA, Martín, «El calendario republicano local, 1898-1909», en MORALES MUÑOZ, Manuel (ed.), *República y modernidad. El republicanismo en los umbrales del siglo XX*, Málaga, Diputación, 2006, pp. 175-194.
- OROBON, Marie-Angèle, «Comer, brindar y cantar. Comensalidad patriótica en los albores del liberalismo (1812-1840)», en SOUBEYROUX, Marie-Hélène y ZAPATA, Mónica (ed.), *Miradas sobre una obra polifacética. Homenaje a Jean-Louis Guereña*, Paris, Indigo, 2016, pp. 109-123.
- OZOUF, Mona, *La fiesta revolucionaria, 1789-1799*, Zaragoza, PUZ, 2020.
- PENCHE, Jon, *Republicanos en Bilbao (1868-1937)*, Bilbao, UPV, 2010.
- PENCHE, Jon, «Días republicanos. Calendario de conmemoraciones del republicanismo bilbaíno», *Bidebarrieta*, 25, 2014, pp. 109-117.
- PEYROU, Florencia, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008.
- RAMOS PALOMO, María Dolores, «Belén Sárraga y el republicanismo de entresiglos. Discursos y prácticas sociales del Grupo Germinal en Andalucía», en BERJOAN, Nicolas, HIGUERAS, Eduardo y SÁNCHEZ, Sergio (eds.), *El republicanismo en el espacio ibérico contemporáneo. Recorridos y perspectivas*, Madrid, Casa de Velázquez, 2021, pp. 231-247.

- REIG, Ramiro, «El republicanismo popular», *Ayer*, 39, 2000, pp. 83-102.
- RIBEIRO, Lia, *A popularização da cultura republicana (1881-1910)*, Coimbra, Universidade, 2011.
- RIDOLFI, Maurizio, «Fiestas y conmemoraciones», en CANAL, Jordi, y MORENO LUZÓN, Javier (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, CEPC, 2009, pp. 59-96.
- ROBERT, Vincent, *Le temps des banquets. Politique et symbolique d'une génération (1818-1848)*, Paris, Sorbonne, 2010.
- ROBLES EGEA, Antonio, «Republicanism and horizon europeo», TOWNSON, Nigel (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 293-312.
- ROCA VERNET, Jordi, «Fiestas cívicas en la Revolución Liberal: entusiasmo y popularidad del régimen», *Historia Social*, 86, 2016, pp. 71-90.
- ROCA VERNET, Jordi, «Las fiestas cívicas del Trienio Progresista (1840-1843): progresistas enfrentados y desafío a la Regencia», *Historia Contemporánea*, 56, 2018, pp. 7-45.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique, *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931.
- SALOMÓN CHÉLIZ, M.^a Pilar, «El anticlericalismo en la calle. Republicanismo, populismo, radicalismo y protesta popular (1898-1913)», en CUEVA, Julio de la, y MONTERO, Feliciano (eds.), *La secularización conflictiva. España (1898-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 121-138.
- SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio, «Prácticas sociales modernas en la crisis del Estado liberal. Ritualidad y significación de los actos civiles en España, 1898-1931», en CASTELLANOS, José Antonio (ed.), *Las crisis en la España del siglo XX: agentes, estructuras y conflictos en los procesos de cambio*, Madrid, Sílex, 2020, pp. 23-71.
- SANFELIU, Luz, *Republicanas. Identidades de género en el blasquismo (1895-1910)*, Valencia, Universitat, 2005.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, *Los caballeros de la razón. Cultura institucionalista y democracia parlamentaria en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2019.
- TORRES MULAS, Jacinto, «El ritual de los banquetes masónicos», en GARRIDO, Antonio (coord.), *Cultura alimentaria de España y América*, Huesca, La Val de Onsera, 1995, pp. 279-318.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972.
- VERA Y GONZÁLEZ, Enrique, *Pi y Margall y la política contemporánea*, t. II, Barcelona, Tipografía La Academia, 1886.
- VIGIL MONTOTO, Manuel, *Recuerdos de un octogenario*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1992.

VOVELLE, Michel, *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989.

WINOCK, Michel, «La poussée démocratique 1840-1870», en BERNSTEIN, Serge y WINOCK, Michel (dir.), *L'invention de la démocratie, 1789-1914*, Paris, Seuil, 2002, pp. 129-182.

Financiación

Trabajo realizado en el marco del proyecto nacional PID2019-109627GB-I00: «La construcción del imaginario monárquico. Monarquías y repúblicas en la Europa meridional y América Latina en la época contemporánea (Siglos XIX y XX)».

Datos del autor

Sergio Sánchez Collantes es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Burgos. Sus líneas de investigación se centran en la vertiente social, política y cultural del republicanismo histórico. En los últimos años ha publicado *El Pueblo a Escena. Republicanismos y tradición democrática en la Asturias del siglo XIX* (2019) y coeditado *El republicanismo en el espacio ibérico contemporáneo. Recorridos y perspectivas* (2021), *El conflicto religioso en la España del siglo XIX* (2021) y *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español* (2024).